

DOCUMENTOS

9

EGIDIO VIGANÓ

**LA
FAMILIA
SALESIANA**

CENTRAL CATEQUISTICA SALESIANA/MADRID

DOCUMENTOS/9

43782

EGIDIO VIGANÓ

LA
FAMILIA
SALESIANA

CENTRAL CATEQUISTICA SALESIANA

C/ Alcalá, 164 - Madrid-28

I.S.B.N.: 84-7.043-240-0

Dep. Legal: M. 16.316-1982

Instituto Politécnico Salesianos-Atocha

Ronda de Atocha, 27 - Madrid-5

En la Familia Salesiana ninguno de sus grupos puede permanecer indiferente ante hechos o reflexiones de alguna importancia producidos en uno de ellos, pues todos comparten una dimensión vocacional común.

Esta carta que os presento habla del «proyecto común», aunque sólo se dirija a quienes, por vocación histórica y por voluntad de Don Bosco, en él tienen «responsabilidades particulares», como «centro de unidad» y estabilidad para toda la «familia», una función —recuerda el Rector Mayor— que reconocen todos los grupos.

Al recordarle a la Congregación sus responsabilidades, el Rector Mayor confirma, con su autoridad de Sucesor de Don Bosco, las invitaciones que los diversos grupos de la familia les han ido haciendo a los Salesianos. Lo cual significa que la voz del padre une y da más peso a las voces de los hermanos que ya están en la familia y a las de quienes están yendo rápidamente a la casa común.

Esa voz en que todos nos reconocemos echa mano de argumentos comúnmente aceptados y que, si es caso, tienen más fuerza vinculante para los Salesianos, porque, con su fidelidad vocacional, son los primeros responsables de la vida familiar.

Todo el estudio histórico, teológico y pastoral de la carta está planteado desde ese punto de vista de la fidelidad vocacional.

Ante todo, el Rector Mayor recuerda con claridad la historia

del carisma salesiano en los grupos que fundó Don Bosco para llevar a cabo su propia misión. Recuerda también su voluntad de que esas fuerzas —a las que posteriormente se añaden otras— se mantuvieran unidas en un plan unitario.

Esta idea le brinda al Rector Mayor la oportunidad para profundizar en el concepto de «fundador», y para reflexionar sobre la riqueza, fecundidad y eclesialidad del carisma de Don Bosco y sobre la caridad pastoral, que se transforma en fuerza de «convocación». «Con la energía de su carisma —dice el Rector Mayor— Don Bosco unifica en la armonía de una sola familia apostólica al sacerdote y al seglar, al célibe y al casado, al viudo y al religioso, con su diverso modo de testimoniar las bienaventuranzas. A nadie le quita su espiritualidad específica: sacerdotal o religiosa o seglar. El "Carisma de Don Bosco" es una energía superior y global de orden existencial que asume, jerarquiza y tipifica, sin disminuirla ni adulterarla, cada espiritualidad situacional o fundacional; al contrario, la robustece y hermosea con una coloración propia». Es la coloración que llamamos «salesianidad», con una misión y una espiritualidad que, en la práctica, fueron «el corazón oratoriano de Don Bosco», el «da mihi ánimas», y que deben ser el corazón de todo discípulo suyo.

Recordado el plan de Don Bosco, el Rector Mayor recorre la historia de su relanzamiento y señala los objetivos que hay que lograr, así como los problemas que debemos resolver en un futuro inmediato. Ese futuro interpela de un modo especial la responsabilidad de los Salesianos. Pero sólo será positivo si se perciben —dice— «dos movimientos complementarios que reclaman nuestra atención en el relanzamiento: El esclarecimiento progresivo de la identidad de cada grupo, y el desarrollo del proceso de integración y comunión con algún tipo de soporte de unidad institucional»

que ayude a caminar «adelante y juntos» en la santidad, en la acción y en la comunión.

La condición para lograrlo es la fidelidad dinámica a Don Bosco, es decir: Realizar en el hoy la vocación salesiana de siempre con la creatividad y la concreción de Don Bosco.

La fidelidad es, ante todo, «memoria»: «*Todo hermano —dice el Rector Mayor— {e igualmente todo miembro de la Familia Salesiana} debe pensar que su profesión religiosa lo incorpora simultáneamente a la Congregación {o a su grupo respectivo} y a la Familia Salesiana, y que dentro de ésta se le ofrece una vasta área de estímulos para ser santo y de colaboración apostólica, poniéndole delante un horizonte de acción casi temerario y de auténtico protagonismo eclesial y civil.*»

La fidelidad es también renovación. La historia ha ido desahaciendo la forma de interrelación que Don Bosco había establecido según los módulos de su época. Pero no ha destruido su voluntad de convocar gentes y grupos diversos ni tampoco el sentido de pertenencia recíproca entre las fuerzas fundadas y convocadas por él. Así pues, convendrá hallar otras formas nuevas, para que, en la renovación de la Iglesia, se renueve también nuestra «convocación», como un acto de fidelidad salesiana a nuestro tiempo y para que éste pueda beneficiarse del carisma de Don Bosco. Dice el Rector Mayor: «*Si consideramos la profunda evolución social y cultural que han traído los tiempos, si vemos las aportaciones eclesiológicas del Vaticano II, la renovación de la Vida Religiosa, el relanzamiento del laicado en el Pueblo de Dios, la promoción de la mujer en la Sociedad y en la Iglesia, la movедiza novedad de la realidad juvenil, el enorme cambio cualitativo producido en la conciencia y en el dinamismo de los pueblos, la situación problemática de algunos continentes y de sus*

masas juveniles, el pluralismo ideológico y los esquemas políticos de muchos Estados, encontraremos otros muchos elementos que nos interpelan también sobre la identidad, sobre el funcionamiento y sobre la promoción y eficacia apostólica de la "Familia Salesiana"».

Entre los objetivos que propone el Rector Mayor, me permito destacar uno que me parece de mucha actualidad, pues sintoniza con la tendencia de nuestros días a crear vastos movimientos de renovación espiritual. Es el siguiente: «Dar la preferencia a la formación específica en cada grupo y a la inclusión del laicado», pues se trata de organizar un amplio movimiento salesiano —articulado pero unitario— de «Amigos de Don Bosco», en el que confluirán todas las fuerzas y todos los grupos ya existentes y los que vayan llegando al mundo salesiano.

GIOVANNI RAINERI

PRESENTACION DE LA EDITORIAL

El presente folleto es uno más de la serie «Documentos» acerca de la Vida Religiosa, Espiritualidad, Pastoral, Salesianidad, Familia, Educación Cristiana y temas similares de reflexión teológica, publicados por la Central Catequística Salesiana. Al final de este número pueden verse otros títulos de la misma colección.

Nos parece que estos cuadernillos responden a una necesidad muchas veces manifestada en nuestros campos de trabajo. Asimismo creemos que son un servicio y una ayuda para profundizar en nuestra vida espiritual y en nuestra tarea educativa y apostólica. Por eso los hemos lanzado con ilusión y con la esperanza de que han de ser bien acogidos.

En este número, el Rector Mayor de los Salesianos nos ofrece una importante reflexión sobre la Familia Salesiana, uno de los temas en que más se está profundizando en estos años de renovación. Su lectura nos moverá a valorar esta creación salida del corazón de San Juan Bosco, y a apreciarla en su verdadera dimensión. como nos dice el mismo P. Viganó, se trata de unas páginas que son más bien «para rezar», y hemos de hacer de ellas objeto de nuestra meditación, de nuestras conversaciones y de nuestra oración.

CCS

Introducción.—Herencia preciosa que requiere fidelidad.—Eclesialidad del Fundador.—Don Bosco: creador de una «familia espiritual».—La energía unificadora de su carisma.—Relanzamiento capitular.—«Adelante, juntos».—Problemas y perspectivas.—Conclusión.

El amor y el seguimiento de Cristo, Amigo y Salvador de los jóvenes, es el alma de nuestra vocación. El Señor diariamente nos lleva, por el sacramento eucarístico, a renovar nuestra entrega gozosa y nuestra inteligente laboriosidad en la misión juvenil y popular.

Mis contactos con vosotros a lo largo de estos últimos años por la diversas partes del mundo me han demostrado cada vez más claramente la enorme necesidad que existe doquier de una presencia más abundante y eficaz, y más auténtica y generosa, de la Vocación Salesiana. *¡Cuánta juventud, en todos los continentes, tiene hambre y sed de verdad y de amor, y busca con ansia un amigo como Don Bosco!*

Acabo de regresar de mi tercer viaje a Africa; esta vez, a la parte occidental. He podido dialogar con nuestros primeros misioneros de Senegal y naciones vecinas. En las misiones urge una presencia salesiana «completa»: debe haber no sólo hermanos, sino también Hijas de María Auxiliadora, Cooperadores y colaboradores que sigan el proyecto juvenil y popular de nuestro querido Fundador.

Las necesidades y urgencias de nuestros innumerables destinatarios nos conmueven y hacen comprender que la misión de Don

Bosco requiere no sólo nuestra presencia de consagrados, *sino también la de toda la Familia Salesiana, con los variados grupos que la integran.*

Antes de salir para Dakar (Senegal), pude estar aquí —en la Casa Generalicia— en la Semana de Espiritualidad, que estudiaba el tema de «las Vocaciones en la Familia Salesiana». A la vuelta, pude seguir directamente unas jornadas de reflexión, preparadas cuidadosamente y con tiempo por nuestros estudiosos, sobre la «Familia Salesiana» en su realidad histórico-carismática ¹.

Al finalizar el Capítulo de las Hijas de María Auxiliadora, leí con mucha alegría un artículo de sus nuevas Constituciones que habla precisamente de este mismo tema. El artículo está en el capítulo primero, que describe la identidad del Instituto. Dice: «Nuestro Instituto es una parte viva de la Familia Salesiana, que en la historia actualiza, de formas diversas, el espíritu y la misión de don Bosco y manifiesta su perenne novedad. El rector Mayor de la Sociedad de San Francisco de Sales —como Sucesor de Don Bosco— es su animador y centro de unidad. En la Familia Salesiana nosotras compartimos la herencia espiritual del Fundador y aportamos, como en Mornés, la contribución original de nuestra vocación» ².

Después de mis cartas a las Voluntarias de Don Bosco ³ y a las Hijas de María Auxiliadora ⁴, después de comprobar que todos los grupos aceptan al Rector Mayor —sucesor de Don Bosco— como centro de unidad y animación de la recíproca comunión, y después de considerar atentamente la acción del Consejo para la Familia Salesiana al concluir el cuarto año de su creación, me parecía oportuno que meditáramos juntos el tema de *nuestra Familia Salesiana*. Todo ello y el deseo, manifestado repetidas veces por el Consejero P. Juan Rainieri, de que escribiera una carta para recordar a los hermanos la importancia y urgencia de asumir con más conciencia y capacidad nuestras responsabili-

dades en ese campo, me inducen a invitaros a que consideréis este punto tan actual y fecundo de nuestra Vocación común.

Nos referimos a la Familia Salesiana, de acuerdo, como es natural, con lo que afirma el artículo 5 de nuestras Constituciones y el correspondiente texto del Capítulo General Especial ⁵.

Hacedlo objeto de meditación, de vuestras conversaciones comunitarias y de vuestra oración.

Una herencia preciosa que requiere fidelidad

La «Familia Salesiana de Don Bosco es un *hecho eclesial*.

Indica la coparticipación en el espíritu de Don Bosco y en su misión, así como los vínculos que unen entre sí a los grupos de «congregados»: Salesianos, Hijas de María Auxiliadora, Cooperadores y otros surgidos posteriormente.

Todos juntos formamos, en la Iglesia, una especie de «linaje espiritual». Esta comunión nace de «un dato histórico complejo. Don Bosco, para actuar su vocación de salvar a la juventud pobre y abandonada, buscó una amplia unión de fuerzas apostólicas en la unidad articulada y complementaria de una "familia"» ⁶.

En nuestros días ya está respaldada por una experiencia vivida en común durante un siglo largo.

Terminado el Concilio, los trabajos de reflexión y renovación para esclarecer la identidad y relanzar la actualidad de los diversos carismas en el Pueblo de Dios, han desembocado en un creciente esfuerzo para llegar a una conciencia más explícita, a una unión más fuerte y a una colaboración más estrecha entre cuantos viven un mismo carisma.

Hablar de Familia Salesiana no significa, pues, introducir un asunto innovador fantástico y utópico; es un dato concreto y un hecho espiritual con una dimensión histórica propia y una gran

verdad que interpela seriamente nuestra fidelidad a Don Bosco y a nuestros tiempos.

«*La Familia Salesiana* —nos dice el CGE— es una realidad eclesial..., signo y testimonio de la vocación de sus miembros para una misión especial según el espíritu de Don Bosco;

«*la Familia Salesiana* —paralelamente a cuanto de sí misma ha dicho la Iglesia— manifiesta la comunión entre los diferentes ministerios que sirven al Pueblo de Dios e integra las vocaciones particulares, de modo que aparezca la riqueza carismática del Fundador;

«*la Familia Salesiana* cultiva una espiritualidad original de naturaleza carismática, que enriquece todo el Cuerpo de la Iglesia y resulta un modelo pedagógico cristiano muy peculiar»⁷.

Quizá no todos nos hemos esforzado aún en escrutar con agudeza y objetividad el providencial proceso histórico que llevó a Don Bosco a ser, en la Iglesia, un «*Fundador*»; consiguientemente, no llegamos a ver la realidad eclesial de la Familia Salesiana que él inició. Tenemos que saber apreciar mejor la dimensión verdaderamente extraordinaria de la paternidad de Don Bosco y de las posibilidades apostólicas de su carisma, y ver cómo honrarlo y reconocerlo de verdad como uno de los grandes fundadores que han existido en la Iglesia.

Nuestro Padre comprendió que el cielo le encomendaba una vasta misión juvenil. Para cumplirla tuvo conciencia clara de ser llamado a «*fundar*» no simplemente un instituto religioso, sino un movimiento espiritual y apostólico de grandes proporciones. La amplitud de horizontes de su plan fundacional nacía de un impulso superior y de la magnitud y complejidad de las necesidades que veía en los destinatarios encomendados a su vocación.

Se sintió llamado a poner en marcha un peculiar trabajo de salvación, que debería convertirse en un amplio y concreto *plan de acción* en el que cupieran todas las fuerzas disponibles. Lo decía él mismo: «Antes podía bastar unirse en la oración; hoy día,

cuando hay tantos medios de perversión, sobre todo para desgracia de la juventud de ambos sexos, es preciso unirse en la acción, y actuar»⁸. «Tenemos en marcha —decía otra vez— una serie de proyectos que ante el mundo parecen cuentos de fantasía o manías de un loco; pero nada más expuestos, Dios los bendice tanto, que todo va a las mil maravillas. Es un motivo para rezar, dar gracias, esperar y mantenerse alerta»⁹.

Don Bosco fue magnánimo y audaz. Puso al servicio de su vocación singular todas las dotes de inteligencia, creatividad e intrepidez con que estaba dotado. Pero contaba también con múltiples dones y mociones del Espíritu del Señor.

«Por un lado, a veces da la impresión de que está convencido de tener una especie de investidura universal de la juventud abandonada; y por otro, tiene muy en cuenta que el problema de los jóvenes supera con mucho el ámbito de sus obras; por eso apela a quienes en la Iglesia o en la Sociedad tienen responsabilidades específicas. En uno y otro caso, la invitación a ocuparse de los jóvenes la extiende a personas que no están encuadradas oficialmente en las instituciones que él ha creado, sino que operan en sus respectivas parroquias, ciudades, naciones o familias»¹⁰.

Pues bien, si pensamos que en nuestros días el problema de las masas de jóvenes necesitados «es una realidad que alcanza dimensiones casi inconmensurables con respecto a Don Bosco»⁵, deberemos concluir que es todavía más urgente la necesidad de ampliar los horizontes a la hora de interpretar y promover la Vocación Salesiana.

Ya el CGE había elegido el tema de la Familia Salesiana como una *línea fundamental de nuestra renovación*: «Los Salesianos —dice el documento 1, núm 151— no pueden replantear íntegramente su vocación en la Iglesia a todos los que con ellos son portadores de la voluntad del Fundador. Busquemos, por tanto, una mejor “unidad de todos, aun dentro de la auténtica diversidad de cada uno”»¹¹.

He ahí una «verdad» que debemos considerar seriamente: Nuestra Vocación Salesiana, en su integridad concreta, nos hace participar vitalmente en una experiencia de Espíritu Santo que viven y comparten otros muchos con quienes intercambiamos riqueza ¹². Dicha vocación nos habla de asumir sus tareas con una mayor conciencia de conjunto ¹³. Todo hermano debe pensar que su profesión religiosa lo incorpora simultáneamente a la Congregación y a la Familia Salesiana, y que dentro de ésta se le ofrecen una vasta área de estímulos para ser santo y de colaboración apostólica, poniéndole delante un horizonte de acción casi temerario y de auténtico protagonismo eclesial y civil.

Por eso, queridos hermanos, debemos mirar la Familia Salesiana como una realidad objetiva y una esperanza de desarrollo, con una verdad propia que hay que conocer y amar, y con múltiples exigencias que mejorarán nuestra fidelidad a Don Bosco.

Eclesialidad del Fundador

Para comprender mejor la densidad y riqueza de la herencia viva legada por Don Bosco, y para conocer más a fondo las responsabilidades que de ella se nos derivan, conviene que reflexionemos un poco sobre la *dimensión eclesial* que, por gracia de Dios, tiene un fundador.

Quizá solemos mirar a Don Bosco como una especie de «propiedad privada» de nuestra Congregación. Por eso no nos damos cuenta de que estamos manipulando su figura ni de que empujamos su función y trascendencia en la historia. Es verdad que nosotros tenemos la peculiar capacidad de acercarnos a él con un «conocimiento de connaturalidad» que nos facilita su comprensión y un conocimiento más exacto y objetivo. Sin embargo, esa capacidad nos debe espolpear a estudiarlo en su «eclesialidad», sin miopías que desdibujen sus horizontes. Un Fundador

es portador de un carisma determinado para todo el Pueblo de Dios. La Iglesia lo ve y se alegra, se siente enriquecida por su aportación espiritual y apostólica, bendice sus valores, promueve y apoya la índole propia de su carisma, exige que se respete su identidad y vigila para que quede intacta su integridad¹⁴.

Los fundadores —nos recordaba Pablo VI— los «suscita Dios en la Iglesia». Por consiguiente, sus discípulos deben ser fieles «a sus planes evangélicos»¹⁵.

El Fundador es un verdadero «centro eclesial de referencia». No lo podemos achicar con una visión exclusivamente doméstica, bienintencionada por supuesto, pero quizá un poco mezquina, cuando no gazmoña, que altera sus rasgos y mutila su misión objetiva en la historia.

El Concilio habla de los Fundadores como de una manifestación especial de la realidad vital de la Iglesia¹⁶. Es una lástima que la teología no haya estudiado aún convenientemente su alcance específico en cuanto manifestación de eclesialidad. La función histórica de un Fundador debe situarse dentro del misterio mismo de la Iglesia en su devenir histórico: es suscitado en Ella y para Ella, como *una de las manifestaciones más características de su «vida y santidad»*¹⁷.

Todo Fundador tiene en la Iglesia una especie de «unicidad» en cuanto iniciador y modelo.

Precisamente el año pasado, al escribir a las Hijas de María Auxiliadora, indicaba yo tres aspectos de esa singularidad de nuestro Padre.

«—*Ante todo, una originalidad especial.*—Don Bosco, para realizar su vocación, no encuentra otro camino que el de fundador. Se ve como forzado a inaugurar una experiencia inédita de santificación y apostolado, es decir, a leer el Evangelio y el misterio de Cristo en una clave propia y personal, con una ductilidad especial a los signos de los tiempos. Esa originalidad implica esen-

cialmente una "síntesis nueva", equilibrada, armónica y —a su estilo— orgánica de los elementos comunes a la santidad cristiana, pero donde las virtudes y los medios de santificación tienen un lugar propio y una dosificación, simetría y belleza que los caracterizan.

»—*En segundo lugar, una forma extraordinaria de santidad.*—Es difícil indicar su nivel; pero no se identifica con la santidad de un canonizado no fundador (por ejemplo, San José Cafasso). Ese carácter de extraordinario, que comporta también cierta novedad precursora, arrastra hacia la persona del Fundador, la hace centro de aceptación o rechazo y la erige en "patriarca" y "profeta": nunca es un solitario, sino un catalizador y portador de futuro.

»—*Finalmente, un dinamismo generador de posteridad espiritual.*—Si la experiencia de Espíritu Santo no es transmitida, acogida y posteriormente vivida, conservada, profundizada y desarrollada por los discípulos directos del Fundador y seguidores, no existe carisma de fundación. Esta idea es fundamental: Don Bosco tuvo dones exclusivamente personales que lo acompañaron hasta su muerte y han hecho de su persona, por disposición divina, un fecundo centro de atracción e irradiación, y un "gigante del espíritu" (Pío XI), que dejó en herencia un rico patrimonio espiritual perfectamente definido». ¹⁸.

Esas notas específicas de Don Bosco Fundador pasaron, en los hechos y en la realidad práctica, a su «plan de acción» global, «unitario en su sustancia y con características propias, a las que es posible referir la multiplicidad de las intenciones de su dinámica existencia». ¹⁹.

Con su «plan de acción», nuestro Padre dio a la Iglesia un método educativo verdaderamente genial, fuente de una criteriológia pedagógico-pastoral ampliamente compartida, que responde a las exigencias de la juventud y de los estratos populares y

que ya ha producido frutos de santidad en los destinatarios y en los agentes de su «Sistema Preventivo».

El plan global de Don Bosco se concentra, *desde el punto de vista de los «agentes»*, en la convocación y organización de una compleja asociación de numerosos y diferenciados colaboradores: una «familia» que evangeliza a la juventud con el Sistema Preventivo.

Resumiendo, si queremos mantenernos fieles a Don Bosco Fundador, debemos acertar a verlo «eclesialmente».

Don Bosco, creador de una «familia espiritual»

En el principio existía, en el corazón de Don Bosco, *la caridad pastoral* con el don de predilección por los jóvenes. La primera chispa de la Vocación Salesiana es el amor: un amor intenso, perfectamente definido y apostólico, e históricamente dedicado en cuerpo y alma a la juventud pobre y abandonada.

Ahí, *en ese corazón de sacerdote*, está el manantial primero y cristalino de toda la Familia Salesiana.

Se trata de una pasión sobrenatural que centra toda la persona en el misterio de Dios Salvador; una caridad que halla su realización en el seguimiento radical de Cristo, contemplado en su ansia de salvar a la juventud, sobre todo la que socialmente es más humilde y pobre. Mirando a Don Bosco Fundador, descubrimos que el venero e inicio de la peculiaridad del carisma salesiano se sitúa en un amor de caridad, que coloca en sus dos polos inseparables —el Padre y el Prójimo— el aspecto de *donación total de sí mismo a Dios en una misión juvenil*.

El materializó históricamente el contenido dinámico de esa primera chispa en la «*Obra de los Oratorios*». Para Don Bosco «Oratorio» significa lo que nosotros llamamos hoy «pastoral juvenil», comprometida con realismo en la educación evangeliza-

dora de la juventud desorientada y marginada, en una hora socialmente explosiva, por los rápidos cambios estructurales y culturales.

Lo que está claro es que en el principio existía un «corazón oratoriano». Es decir, un sacerdote de la Iglesia local turinesa lleno de una incontenible pasión apostólica por los muchachos pobres y abandonados. Tal ardor apostólico no se explica sin la iniciativa de Cristo Salvador y de la solicitud materna de María, los dos Resucitados que dirigen la historia de la salvación. Su realización definitiva históricamente está unida a las orientaciones del Papa Pío IX, que dirigió a Don Bosco en la tarea de fundación.

El Espíritu del Señor impulsa gradualmente a ese sacerdote, abundantemente provisto de dotes naturales y de luces y dones especiales, para que perciba la urgencia y magnitud de la labor que hay que llevar a cabo, y para que con realismo y eficacia reúna, anime y organice al mayor número posible de colaboradores. Así nace en Turín la «Obra de los Oratorios». En ella trabajan sacerdotes, madres de familia, seculares acomodados y de posición más modesta, jóvenes y adultos: todos bajo la guía y dirección de Don Bosco. Este busca muchos y en todas partes; pero los quiere unidos.

A este grupo orgánico de colaboradores tan dispares lo llama «Congregación de San Francisco de Sales». Procura darle estabilidad; obtiene la aceptación oficial por parte del arzobispo Mons. Fransoni (1850); logra su reconocimiento canónico (1852), y precisa, en concreto la responsabilidad del Superior «para mantener la unidad de espíritu, disciplina y mando»²⁰.

Respecto a este primer embrión de «congregación para la juventud» conviene hacer algunas observaciones.

Ante todo, la palabra «congregación» se usa en su sentido general, que es el etimológico (verbo latino «conregare»): Grupo de personas que se reúnen para colaborar juntas en un mismo obje-

tivo espiritual y apostólico. Existía por entonces, y algo en todas partes, la «Congregación de la Doctrina Cristiana», promovida por el Concilio de Trento; y también otras congregaciones y compañías de laicos y sacerdotes. Son elocuentes los nombres que Don Bosco da a los «congregados»: agentes, cooperadores, colaboradores, bienhechores (en el sentido de «gente que hace el bien»); es decir, personas que, con su actuación, se comprometen en el campo apostólico. Efectivamente, el tipo de sus «congregados» se deduce de la referencia práctica a la «*Obra de los Oratorios*», según el estilo de vida cristiana y de actividad educativa practicado concretamente en el oratorio piloto de Valdocco.

La especificación «*de San Francisco de Sales*» indica las características del espíritu con que los colaboradores viven y trabajan entre los jóvenes: un sistema de bondad, mansedumbre y confianza, una visión gozosa de sano humanismo, una criteriología apostólica de diálogo y amistad, y una metodología de educación integral ²¹.

Todo ello es todavía una realidad «diocesana». Poco a poco se irá abriendo a la universalidad eclesial, aunque no sin graves sufrimientos y contrastes.

Hacia finales del decenio 1850-1860 y después, el Espíritu del Señor, lenta y cuidadosamente, hará de Don Bosco el «Fundador» de su definitiva «familia salesiana».

Don Bosco no tiene en seguida una idea clara, perfectamente planeada y jurídicamente estructurada, del tipo de fundación que le pide su vocación personal. El conocimiento del «don» de Dios, también para un fundador, es normalmente progresivo, no inmediato, y no siempre se logra de un modo lineal. Dios manda profetas a su Iglesia; pero quiere que éstos descubran su camino fatigosa y progresivamente. De lo que Don Bosco está seguro es de que la Providencia le lleva gradualmente a ser «fundador». El mismo procura «dar a conocer cómo Dios mismo ha-

bía dirigido todo y en todo tiempo»²². Por eso dice a los directores (2 de febrero de 1876): «La Congregación no ha dado un paso sin que lo aconsejara algún hecho sobrenatural, ni hizo cambio, perfeccionamiento o ampliación sin que precediera una orden del Señor»²³.

Bastante pronto —*por lo menos desde 1854*— cree necesario distinguir, desde el punto de vista funcional, dos categorías en sus colaboradores. «Los que pueden disponer de sí mismos y se creen llamados, se agrupan en una vida de comunidad y viven en el edificio que siempre se consideró casa madre y centro de la pía asociación. El Sumo Pontífice aconseja se llame «Pía Sociedad de San Francisco de Sales», nombre que todavía hoy conserva. Los otros, es decir, los externos, viven con sus familias, pero continúan en la «Obra de los Oratorios». Todavía hoy reciben el nombre de «Unión o Congregación de San Francisco de Sales, promotores o cooperadores»; pero siempre dependiendo de los socios, y unidos a ellos para actuar en beneficio de la juventud pobre»²⁴.

En diciembre de 1859 comienza y forma la «parte central y diferenciada» de la Asociación para la Obra de los Oratorios, como núcleo promotor y vínculo seguro y estable de unión. Con ese fin escribe un Reglamento o Constituciones para el grupo de «internos», pero con miras a todos los colaboradores. Estos serán «agregados» a la Pía Sociedad —como «miembros externos» o bien plenamente metidos en el siglo— y se inspirarán en el mismo Reglamento.

Hasta ahora, todo ha sido para la juventud masculina.

Pero la Providencia le va sugiriendo que algo parecido debe hacer también para la juventud femenina. Aconsejado por Pío IX, organiza las «cooperadoras». Pero por otra parte, la Virgen le ha preparado admirablemente en Mornés —diócesis de Acquí— un selecto grupo de jóvenes apóstoles, animadas por María D. Mazzarello y dirigidas por Domingo Pestarino. Con ellas

funda, en 1872, el Instituto de Hijas de María Auxiliadora, también ellas «agregadas» a la Pía Sociedad. El título de sus primeras Constituciones dice: «Reglas para las hijas de María Auxiliadora, agregadas a la Sociedad Salesiana». Viven en comunión de espíritu y de misión, dirigidas por Don Bosco y sus hijos, para hacer con la juventud femenina lo que con la masculina se hace en Valdocco.

La estatuta «supradiocesana» —que le ha llevado a obtener de la Santa Sede en 1864 el «Decrétum laudis» para la Pía Sociedad y más tarde (el 3 de abril de 1874) la aprobación de sus constituciones— le trae graves dificultades y la necesidad de replantear el estatuto de los «miembros externos».

En consecuencia, procura darles una forma jurídica nueva el 12 de julio de 1876: la «Unión de Cooperadores Salesianos». Con ese fin redacta un reglamento apropiado, en el que salva cuidadosamente la comunión de espíritu y de misión, y los asocia también a la Sociedad Salesiana.

Tenemos, pues, un dato de hecho, históricamente documentado: don Bosco se siente llamado por el Espíritu del Señor a vivir incansablemente para salvar a la juventud. Por eso hace lo imposible para fundar una numerosa asociación apostólica —una «familia espiritual»— compuesta por diversos grupos y categorías, pero íntimamente unida y estructuralmente orgánica. Los tres grupos fundamentales de la Familia Salesiana creados por Don Bosco son, pues, los Salesianos, las Hijas de María Auxiliadora y los Cooperadores y Cooperadoras. Cuando, para celebrar el onomástico de Don Bosco, comienzan a reunirse a su alrededor los «antiguos alumnos», los exhorta a que sean apóstoles comprometidos y se hagan «cooperadores»²⁵.

Muerto nuestro buen Padre (1888), sobreviene una dolorosa situación debida al aspecto jurídico de la «agregación» de las Hijas de María Auxiliadora a la Pía Sociedad. Un decreto de la Santa Sede —Normae secundum quas, de 1901— exige se sepa-

ren jurídicamente los Institutos femeninos con votos simples de las respectivas Congregaciones masculinas. La separación cuesta; pero no disminuye el sentido de fraternidad y colaboración entre el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora y la Congregación Salesiana.

Sólo el año 1917, gracias al Cardenal Cagliero, se obtiene provisionalmente una nueva unión jurídica, que se hará estable con el decreto de 24 de abril de 1940: Al Rector Mayor lo nombra «Delegado Apostólico» para el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

Estos dolorosos percances, primero con el asunto de los «miembros externos» y más tarde con las Hijas de María Auxiliadora, han servido, en la práctica, para no confundir ciertas estructuras eclesíásticas de relación —variables y acomodables a los tiempos— y la sustancia carismática: la inspiración común juvenil y popular. La comunión de intenciones y la corresponsabilidad nunca se pierden de hecho. Hoy, después del Vaticano II, se ha recuperado con más claridad y vigor.

Por otro lado, el Espíritu del Señor va enriqueciendo la Familia Salesiana con otros grupos, brotados de su vitalidad para responder a exigencias y situaciones nuevas. Siempre se trata, evidentemente, de grupos que «participan» en la misión, y no de quienes son «destinatarios» de la acción salesiana.

Recordemos sólo algunos grupos surgidos en la Familia Salesiana:

- *Asociación de Antiguos Alumnos*, en virtud de la educación recibida;
- *Voluntarias de Don Bosco*, fundadas por don Felipe Rinaldi en Turín, en un contexto común de Salesianos, Hijas de María Auxiliadora, Cooperadores y Antiguas Alumnas. Don Felipe está convencido de que con ello realiza el proyecto de Don Bosco sobre los «miembros externos», crean-

do un instrumento muy bueno para que penetre en el mundo su espíritu;

- *Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y María*, fundadas por Luis Variara en Colombia;
- *Hermanas de la Caridad*, de Miyazaki, fundadas por Mons. Vicente Cimatti y Antonio Cavoli, en Japón;
- *Salesianas Oblatas del Sagrado Corazón*, fundadas por Mons. Cognata en Calabria (Italia), etc.²⁶.

Cada grupo, sobre todo los tres primeros —creados por el mismo Don Bosco como fundamento y centro vital de su Obra—, *históricamente no puede ser visto como independiente o separado*. Todos nacen y viven en un recíproco y continuo intercambio de valores espirituales y apostólicos, logrando de ese modo ventajas extraordinarias. A ellos —«juntos»— como una sola «familia», les está encomendada la preciosa herencia de Don Bosco.

La energía unificadora de su «carisma»

La Familia Salesiana de Don Bosco es, por tanto, una realidad «carismática», es decir, un don eclesial del Espíritu Santo destinado a crecer y prolongarse en el Pueblo de Dios más allá de las mudables circunstancias de lugar y tiempo, y con una orientación permanente²⁷.

El secreto íntimo de su dolidada existencia y de su vitalidad aglutinante es el «carisma del Fundador», una manifestación sobrenatural —¡no procede de la sangre ni de la carne!— y creada —por tanto, existencialmente humana— del mismo Don Increado que es el Espíritu Santo en la Iglesia.

La expresión «carisma del Fundador» ha adquirido el denso significado de una «experiencia de Espíritu Santo» singular, rica y trasmisible de algún modo²⁸.

En los documentos del Vaticano II no aparece todavía esa expresión «carisma del Fundador». Se habla más bien de «espíritu del Fundador —en el sentido global de su originalidad espiritual y apostólica— y también de «inspiración primitiva», «vocación especial», «índole propia» o «finalidad peculiar»²⁹: Un empleo un poco elástico de diversos términos para indicar un patrimonio común.

● Para comprender la originalidad del carisma de Don Bosco Fundador, podemos alinearlo con los demás carismas fundacionales que en la Iglesia han dado origen a «familias espirituales»: agustina, benedictina, franciscana, dominica, carmelita, ignaciana, etcétera.

La «familia espiritual» de Don Bosco, aun inspirándose en la corriente del humanismo positivo de San Francisco de Sales, tiene una modalidad propia y un carácter peculiar.

En ese sentido Don Bosco aparece como verdadero «iniciador» de una original experiencia carismática, obligado punto de referencia para cuantos, por un impulso particular del Espíritu, se sienten llamados a compartir, en el hoy de la historia, su destino y misión en los diversos estados de vida, cada uno según su grado y nivel.

Lo que une entre sí a los diversos miembros de una familia carismática es un lazo vivo, común a todos ellos y que genera entre todos ellos una especie de consanguinidad y parentesco espiritual y es alma de su estilo de vida, óptica de su actividad y fuente de su comunión recíproca.

Don Bosco, genio de lo concreto y organizador paciente, se esfuerza, con una metodología constante y práctica, para que su «experiencia de Espíritu Santo» —su «carisma» o su «espíritu de Fundador»— se transmita y perpetúe en una «comunión orgánica», incluso con estructuras de estabilidad y de armonía en la acción. Para ello busca mediante la intuición y la revisión, ex-

perimenta con realismo y se adapta a lo que el tiempo le sugiere y permite. Nosotros hoy, para no traicionar su «carisma», debemos situarnos por encima de las modalidades jurídico-eclesiásticas de una asociación que, como decíamos, son susceptibles de cambio, según lo vayan requiriendo las exigencias sociales y las disposiciones eclesiásticas. Pero no podemos no considerar como aspecto integrante de su proyecto fundacional la preocupación concreta por el aspecto orgánico de comunión y acción. Este interés aparece constante en el largo proceso fundacional que Don Bosco recorre para encarnar su «experiencia de Espíritu Santo».

Pero, antes de nada, consideremos un poco la naturaleza íntima del «carisma de un fundador».

● El inicio y el dinamismo propulsor de este carisma es la *caridad* que, en el misterio de la Iglesia, es «el primero y más imprescindible don»³⁰ de su vida y santidad.

El centro del corazón de un Fundador es la caridad. Esta dirige todo: ideales, ansias, proyectos, esfuerzos y búsqueda de medios; les da forma y los guía y lleva directamente a su fin. La proyección de su caridad es la que convoca las personas a su alrededor y la que coordina y armoniza las diversas funciones, los múltiples dones, los diferentes estados y ministerios y la que sublima las diferencias en una orgánica riqueza de unidad.

Mas para ser diferente y original en cada «fundador», la caridad se especifica por determinadas peculiaridades. Es decir, la energía generadora de vida que comporta el carisma de un fundador es siempre «*un tipo de caridad*», que desde su corazón se difunde en un vasto ambiente que sintoniza con él.

Todo fundador, al vivir la dinámica integral de su caridad, se distingue por algunos aspectos, y origina estilos y fisonomías espirituales diversas. De ese modo, los fundadores aportan a la Iglesia modalidades de caridad originales, que proclaman la riqueza inefable de su esencia y la hacen «aparecer adornada con la

variedad de dones de sus hijos, como una esposa engalanada para su marido (cfr. Apoc. 21,2), de modo que se manifieste la multiforme sabiduría de Dios (cfr. Ef. 3,10)»³¹.

● Aquí nos interesa destacar la energía unificadora que comporta el «tipo de caridad» vivido por un fundador. Esta tiene tal vitalidad para realizar, tal hechizo de atracción y tal poder de convocación, que es fecunda para originar una verdadera consanguinidad o parentesco místico. No es identificable con los rasgos espirituales propios de una función ministerial (sacerdocio, diaconado u otros ministerios) ni tampoco de un estado de vida (celibato, matrimonio, viudez). Es un vigor divino que impregna la síntesis viva de la existencia y le da la fecunda capacidad de asumir y unificar las diferencias de carácter, de función y de situación.

Como en la Iglesia el «Espíritu Santo» —que es Caridad «increada»— une, vivifica y anima todas las diferencias orgánicas y funcionales del Cuerpo de Cristo, análogamente, aunque a distancia infinita, el «carisma» o caridad específica de un fundador —don «creado» del mismo Espíritu Santo— reúne, hace crecer y orienta las personas y los valores que convergen para formar una «familia espiritual».

En ésta se funden en comunión no sólo los diversos temperamentos y gustos y los variadísimos dones y dotes personales, sino también las diversas espiritualidades que acompañan a las pluriformes situaciones eclesiales de ministerio, estado de vida o inspiración que se subordine a la pertenencia sustancial de la familia.

En efecto, no son lo mismo «carisma» y «espiritualidad». en la síntesis existencial de un mismo carisma pueden convivir armoniosamente diversas espiritualidades de tipo ministerial o de estado de vida diferentes. Por eso, en una «familia espiritual» pueden ser asumidas juntas, y recíprocamente armonizadas, con

diversidad de dosificación, la espiritualidad sacerdotal, la seglar, la religiosa —en sus diversas modalidades—, la conyugal y no conyugal —por ejemplo, de viudez—, la oblativa y la victimal, etc.³²

Resulta, pues, hermoso y enriquecedor sentirse miembros de una «familia espiritual» en la que las diferencias con sus contrastes clarifican la identidad y enriquecen la armonía: no por confusión o nivelación de sus partes, sino por emulación de cada una en su identidad peculiar.

● El tipo de caridad que vivifica el carisma de Don Bosco es la caridad «pastoral» especificada por una coloración peculiar que llamamos «*salesiana*». Lo cual significa que la energía unificadora de nuestra familia hay que buscarla en el tipo de amor sacerdotal que caracterizó a Don Bosco: una pasión arrolladora de apostolado entre los jóvenes, con un modo de sentir, vivir y comunicar los valores del Evangelio y traducirlos en un proyecto de acción propio. El mismo sintetizaba ese tipo de caridad, casi como en un lema, en la expresión salesiana «da mihi ánimas, cetera tol-le».

En este punto, queridos hermanos, conviene deshacer en seguida un equívoco que podría llevarnos a desviaciones espirituales.

En toda vida auténticamente apostólica la «caridad pastoral» impregna la misma existencia de la persona. Antes de traducirse en un «hacer» es un «modo de ser». Es una participación en el amor mismo de Dios, un unirse a El, un donarse y perderse a sí mismo para pertenecerle totalmente a El en una disponibilidad de trabajo por su Reino. La «caridad pastoral» no debe identificarse superficialmente con una labor altruista. Antes, y más aún, es una modificación intrínseca de la propia existencia, por la que se vive identificado con Dios Salvador y totalmente disponible de cara a la acción.

¡Este principio debe ser meditado! Es muy profundo y afecta a la raíz misma de un espíritu genuinamente apostólico... Reflexionando sobre él, se comprende que el famoso principio filosófico «ágere séquitur esse» (= la actuación deriva del ser) nunca debería haber llevado a un tipo de dualismo o a posponer la actuación al ser. «La acción —escribe con agudeza Sertillanges— no es más que una forma de ser. Cuando yo actúo, «soy» agente..., es decir, presento una forma de actividad que es, por lo mismo, una forma de ser. Las condiciones de mi ser, pues, son también condiciones de mi acción»³³.

La actividad de la «caridad pastoral» no está separada de su ser ni es posterior a ella: la acompaña y revela, le da brillo y plenitud, y manifiesta su verdad genuina. No viene después: está «dentro», como elemento que constituye su identidad dinámica. Es radicalmente interior, en cuanto participación del amor de Dios.

Según eso, en la profundidad de una experiencia apostólica de Espíritu Santo, el llamado «éxtasis de la acción» —de que habla San Francisco de Sales— resulta, en definitiva, una forma de interioridad...

¡Cuánta luz nos da a nosotros esa reflexión! Vemos más claro por qué la caridad pastoral es el verdadero «centro» del carisma y del espíritu de Don Bosco³⁴. De él procede la energía sobrenatural e íntima que nos reúne, da una fisonomía propia, alimenta y entusiasma, invita a la donación de nosotros mismos y a ser santos, y que nos arrastra casi como un instinto espiritual al trabajo, a la inventiva y al sacrificio.

● De ese «centro» o fuente primera, fluyen los *rasgos específicamente «salesianos»* de la caridad pastoral de Don Bosco, como elementos de su carisma. Ya los conocemos. Pero vale la pena recordarlos una vez más, aunque sólo sea por encima: ellos nos

hacen ver mejor la naturaleza de la energía unificadora que nos agrupa en una «familia espiritual»⁵⁵.

Los rasgos de la «comunidad salesiana» que comparten juntos todos los hijos e hijas de Don Bosco son los siguientes:

- Ante todo, como su fuente viva, *la alianza especial con Dios* según el tipo de caridad pastoral que acabamos de describir: íntima unión con Dios, contemplado en su bondad de Padre atento a realizar un misericordiosísimo y pedagógico plan de salvación, y amor al Prójimo, considerado en sus situaciones de pobreza e indigencia a través de la óptica de predilección por los jóvenes.
- *El «espíritu salesiano»*, como estilo de pensamiento, de conducta, de actitudes, de gustos, de preferencias, de prioridades y de modalidad propia en la lectura del Evangelio.
- *La «misión juvenil»*, como participación específica en las múltiples tareas de la Iglesia para salvar al mundo.
- *El «Sistema Preventivo»*, como una praxis concreta y original de acción pastoral, que encarna entre los jóvenes tanto la caridad como el espíritu salesiano y su misión salvífica.
- Finalmente, *un proyecto concreto de convergencia* en el estilo de vida y de actividad, susceptible de una estructuración comunitaria diferenciada en diversos grupos y traducible a algún tipo de «comunidad orgánica» de toda la Familia Salesiana.

Estos elementos del «carisma de Don Bosco» pertrechan a la Familia Salesiana para una acción especializada: le dan «disposición» para participar y «capacidad» para colaborar en la pastoral concreta de la «Obra de los Oratorios».

Con la energía de su carisma, Don Bosco unifica en la armonía de una sola familia apostólica al sacerdote, al seglar, al célibe, al casado, al viudo y al religioso en su diversidad de testi-

monio de las bienaventuranzas. A nadie le quita su específica espiritualidad sacerdotal, seglar o religiosa. El «carisma de Don Bosco» es una energía superior y global de orden existencial que asume, jerarquiza y tipifica, sin disminuir ni adulterar cada espiritualidad situacional o funcional, sino que incluso las robustece y hermosea con una coloración propia.

● Así como en la comunión de la Iglesia todos tienen todo, pero cada cual a su modo, así, también, en nuestra Familia Salesiana todos tienen todo el carisma del Fundador, pero cada uno participa de él y lo manifiesta a su modo, según la vocación a que ha sido llamado y según la medida del don recibido. La riqueza de vida de una familia espiritual, que nace de la energía unificadora del carisma del Fundador, es tan grande, que debemos excluir el que cada uno de sus miembros pueda vivir al máximo todos sus elementos. Aunque los realice todos de algún modo, cada uno se centra en una preferencia por alguno, y lo vive para sí y para los demás. Agrupados, los miembros permiten a la familia vivir al máximo nivel la totalidad de sus valores.

De ese modo en la Familia Salesiana podemos compartir e intercambiar ricos valores y numerosos estímulos y testimonios que hacen más estable y apasionante la vocación personal. Podemos ver, por ejemplo, que mientras los grupos consagrados destacan el vigor y dinamismo de la radicalidad evangélica, los grupos no consagrados proclaman la centralidad de la historia humana, la importancia de los valores temporales y lo indispensable de un nexo íntimo entre vida de consagración y esfuerzo de transformación del mundo ³⁶. En los miembros sacerdotes destaca un modo específico de vivir la caridad pastoral en el ejercicio del ministerio sacerdotal ³⁷; en los otros, un tipo múltiple de vida y compromiso laical —en sus diversos niveles—, que se caracteriza especialmente por una capacidad de servicio especializado en la vasta y compleja misión juvenil. En los diversos gru-

pos, además, se ven acentuados policromos aspectos espirituales que no deben faltar en ningún corazón salesiano, pero que son mejor evidenciados, o más característicamente, en algún grupo, y que la comunión familiar pone —hermoso regalo— a disposición de todos.

Pensemos, por ejemplo, sin pretender ser exhaustivos:

- *En los Salesianos*, con su bondad alegre, su inventiva pedagógica, su animación incansable, su profundización en el patrimonio espiritual común y su intrepidez misionera;
- *en las Hijas de María Auxiliadora*, con su delicadeza y perspectiva salesiana femenina, su solicitud mariana de fidelidad y sacrificio, su intuición de esposa, madre y hermana, su servicio, su intimidad de oración;
- *en los Cooperadores*, con su realismo del sentido de la vida, su capacidad de unir lo cotidiano con lo profesional en el compromiso apostólico, y su presencia activa en la sociedad y en la historia;
- *en las Voluntarias de Don Bosco*, con su profundización en la secularidad y en la importancia de los valores creaturales, con su silenciosa eficacia de levadura en la masa y su testimonio desde dentro;
- *en los Antiguos Alumnos*, con la fuerza vinculante de la educación salesiana, la centralidad —para nosotros— del área cultural, el relanzamiento de una pedagogía puesta al día y adecuada en una época de transición, la urgencia de una atención especial a la familia cristiana;
- *en otros Institutos de religiosas salesianas*, como las Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y María —del P. Variara— y las Oblatas del Sagrado Corazón —de Mons. Cognata— con su peculiar filón de espiritualidad victimal y oblativa, ya eminentemente testimoniada por Andrés Beltrami: ellas nos recuerdan a los restantes miembros de la

familia que la oblación de sí mismo y la paciencia de «hostia pura y agradable» son indispensables a cada uno en los percances de la vida, en las incomprensiones, en las enfermedades, en la inactividad forzosa y en la ancianidad;

- y así sucesivamente, *en los demás Grupos*, cada uno con su coloración específica.

Así, pues, la energía unificadora del «carisma de Don Bosco» ha hecho nacer una original «familia espiritual» articulada y múltiple, que constituye una especie de «ambiente» espiritual de respiro universal, donde no se excluye a nadie: ni la multiplicidad de razas y nacionalidades, ni el pluralismo de culturas, ni la patria de continentes... Cada uno con su temperamento, con sus dotes y con su vocación cristiana puede decir con razón: «¡Aquí, en esta familia espiritual, me siento en mi casa!».

Todas las cualidades particulares, todas las espiritualidades de situación eclesial y todos los ministerios son respetados y promovidos. El espíritu del Fundador no cambia ni suprime diferencias; las asume y promueve, para vivirlas con más vigor y con un peculiar estilo de santificación y de acción en la armónica unidad de un mismo tipo de caridad.

Podemos, pues, alabar y bendecir al Señor y a la Virgen María porque, al suscitar el carisma de Don Bosco, han hecho a la Iglesia un regalo hermosísimo del que todos juntos —los diversos grupos de la Familia Salesiana— nos sentimos herederos y portadores.

Relanzamiento capitular

El Vaticano II trae una ráfaga de aire fresco a la Iglesia y hace que revise en profundidad su misterio, relance su misión en conformidad con los tiempos, desempolva la doctrina de los caris-

mas e invite a las «familias espirituales» a reactivar el don recibido, leyendo la «memoria» de los orígenes para beber en ella el agua cristalina de su vocación y ponerla a tono con los tiempos.

Los Capítulos Generales y Asambleas de los diversos grupos de nuestra familia realizan, desde hace años, ese delicado trabajo con una preparación y con una elaboración estudiada y paciente. Por vocación y responsabilidad histórica ³⁸, nos correspondía *primeramente a nosotros, los salesianos*, releer a Don Bosco y escrutar la experiencia común del primer siglo de nuestra existencia.

Como ya he dicho, dos Capítulos Generales nuestros —el Especial y el 21— afrontan directamente nuestra vocación en su aspecto de Familia Salesiana.

El Capítulo General Especial nos ofrece, en su primer documento ³⁹ —capítulo sexto ⁴⁰— la orientación y la doctrina fundamental para encauzar la renovación.

El Capítulo General 21 crea una estructura de servicio en nuestra Sociedad de San Francisco de Sales: el «Consejero para la Familia Salesiana», y formula el siguiente artículo constitucional: «El Consejero para la Familia Salesiana tiene la misión de sensibilizar y animar a la Congregación para el papel a ella confiado en la Familia Salesiana, según el artículo 5» ⁴¹.

Con la creación de este Consejero especial, la Congregación renueva, para potenciarla, la característica voluntad de Don Bosco de llevar al mundo el espíritu salesiano en cuanto le fuera posible. El lo hace con medios concretos —la comunicación social— y, sobre todo, con la unión de las personas que se comprometen o simpatizan con su misión juvenil y popular, precisamente los que forman la Familia Salesiana.

Convendrá, queridos hermanos, repasar personal y comunitariamente el citado capítulo sexto del Capítulo General Especial: sigue siendo el texto básico que orienta y fundamenta el relanzamiento de nuestra Familia Salesiana.

Con una lectura meditada del documento capitular se percibirán dos movimientos complementarios que requieren nuestra atención en el relanzamiento: el esclarecimiento progresivo de la identidad de cada grupo, y el desarrollo del proceso de integración y comunión con algún tipo de soporte de unidad institucional.

El primer movimiento requiere, en cada grupo, capacidad para definir mejor el propio carácter original en el seno común de una familia que no nos «uniforma», sino que nos armoniza y coordina en un mismo «espíritu». Así aparecerá clara la conciencia de una adecuada autonomía⁴² y la necesidad de un cuadro de referencia común⁴³.

El segundo, en cambio, urge más intercomunicación y colaboración⁴⁴, y el reconocimiento, defensa y *renovación* de una estructura básica común, regulada por un estatuto institucional concreto, aunque reducido al mínimo indispensable, para asegurar, servir y promover adecuadamente la unidad de la comunión carismática.

En una cultura que multiplica cada día las relaciones entre los hombres y donde crece, en todos los niveles, la exigencia de comunión y unión de fuerzas, me parece más urgente que nunca cursar una invitación a todos los hijos e hijas de Don Bosco: *Relanzar juntos la Familia Salesiana*, para que sea más real y eficaz nuestra común misión juvenil. Quedaremos todos más iluminados «sobre la *verdad actual* y sobre la *autenticidad del don* hecho a Don Bosco, y sobre los dones que, en consonancia con aquél, el Espíritu sigue derramando sobre nosotros; llegaremos así a percibir mejor la fuerza y la *fecundidad apostólica* de nuestra misión y el método que tengamos que adoptar; podremos vivir mejor la experiencia evangélica que entraña el hecho de la comunicación entre nosotros y la colaboración en la acción. En una palabra, «nos» enriqueceremos mutuamente. La fidelidad dinámica a Don Bosco, mediante la intercomunicación y la colaboración,

dilatará los espacios de su intuición pastoral y de su paternidad, que resplandecerá más luminosa, ya que todo aumento en los sentimientos de fraternidad, de unión y compromiso entre todos los que se reconocen «hijos» suyos, redundará en exaltación de su dimensión ⁴⁵.

Quien recorre el camino de los casi veinte años durante los cuales ha nacido y cuajado lo que podríamos llamar «proyecto de renovación de la Familia Salesiana» —desde la preparación del Capítulo General Especial hasta sus desarrollos actuales— se queda impresionado por la evidente asistencia del Señor. El «proyecto nace cuando los Salesianos se ponen a realizar la renovación y puesta al día indicada por el Concilio Vaticano II, a partir de la exploración de la voluntad del Fundador. En ese clima se despierta, más viva que nunca, la memoria de los esfuerzos hechos por Don Bosco para unir la fuerza de los buenos en favor de la Iglesia y de la Sociedad. Se comprueba que el cambio de cultura y la evolución histórica han modificado algo las estructuras que le sirvieron para llevar a cabo la unión de Salesianos, Hijas de María Auxiliadora y Cooperadores. Pero una eclesiología donde lo que más cuenta es la comunión y las necesidades de la evangelización, y la nueva situación histórica de los jóvenes y clases populares han hecho todavía más real la necesidad de unirse, pues sus valores profundos siguen siendo los mismos. A través de dos turnos de Capítulos Inspectoriales Especiales llega a las comisiones precapitulares, sugerida por la «base» —es decir, hermanos y comunidades— la propuesta de renovar la Familia Salesiana: será uno de los proyectos capitulares.

El Capítulo General Especial estudia por mucho tiempo tal proyecto en sus diversos matices, y al fin llega, como decía antes, a la formulación que todos conocemos.

Después de los Capítulos Especial y 21 se produce el fenómeno de la adhesión espontánea de algunos Institutos a la Familia Salesiana. Es señal de que, lejos de ver en el proyecto una posi-

ble intromisión en su vida, o en el papel reconocido a la Congregación una disminución de su autonomía, los consideran una gracia dada también a ellos para ser más fieles a la idea de Don Bosco. No se quedan en sentimientos platónicos, porque la adhesión pasa oficialmente a muchas Constituciones y Reglamentos. Se multiplican las solicitudes de reconocimiento y las reuniones y convivencias a todos los niveles. Surgen órganos de enlace y comunicación, y reina un entusiasmo y un indudable fervor espiritual por doquier. Si aparece alguna sombra, se debe a la falta de estructuras y a la novedad de la cosa; de todos modos, la sombra es muy liviana y sin punto de comparación con los aspectos positivos.

En ese clima llega el Capítulo General 21. Su programa oficial no prevé ninguna alusión a la Familia Salesiana. El asunto se impone por sí mismo, como verificación de lo hecho según las orientaciones del Capítulo General Especial, y además, por la petición expresa de unos quince Capítulos Inspectoriales. Un hecho nuevo en este Capítulo 21 es la intervención de varios grupos a los que el Capítulo General Especial había reconocido ya la pertenencia: hacer oír su voz con mensajes, cuyo denominador común es que la Congregación se ponga en condiciones de cumplir su cometido animador y pastoral para con ellos, y que lleve a cabo su función de enlace; como consecuencia, se le pide que cree los instrumentos necesarios para todo ello. Se da, finalmente, la presencia y colaboración de sus representantes en alguna comisión y en la misma asamblea capitular.

El Capítulo General 21, por tanto, toma algunas decisiones de suma importancia para la Familia Salesiana: nombra un Consejero que anime, a nivel mundial, la Congregación en sus incumbencias y establezca enlaces entre los diversos grupos; reafirma la validez del proyecto hecho por el Capítulo General Especial; indica una pastoral vocacional para la Familia Salesiana; introduce en los programas de formación la dimensión «Familia

Salesiana»; confirma el carácter preferencial de buscar colaboradores seculares debidamente formados; y se compromete ante todos los grupos a preparar buenos animadores, compromiso que en el discurso de clausura se indica a los Inspectores como preferente ⁴⁶.

Durante los últimos cuatro años, en los encuentros o «visitas conjuntas» del Rector Mayor a los Inspectores por áreas culturales, el tema de la Familia Salesiana se ha tratado siempre como uno de los puntos esenciales de la animación salesiana.

Tenemos pruebas de que, como convicción y aceptación, ya no quedan zonas de sombra en la Congregación y de que se ha avanzado mucho en el mismo campo de las realizaciones. Han nacido iniciativas de estudio y animación; han surgido colaboraciones de comunión y comunicación; han aumentado los grandes momentos de «familia Salesiana»: el Centenario de las Misiones Salesianas, el Centenario del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, el Centenario de la muerte de Santa María Mazzarello, las celebraciones de aniversarios y fechas memorables con el Rector Mayor; su dirección espiritual, cada vez más compartida y deseada. Las colaboraciones de estudio y profundización sobre la Vocación Salesiana, de busca de compromisos comunes —como el «Plan Africa»— se han multiplicado. Todo ello nos dice que verdaderamente a la Familia Salesiana, que ya tiene en su haber un gran pasado, no le faltan halagüeñas promesas para el futuro.

Está, pues, claro que es la hora de trabajar activamente para un relanzamiento verdadero y creativo de la Familia Salesiana en la Iglesia, y lo debemos hacer, sobre todo, nosotros, queridos hermanos.

Efectivamente, «siendo los Salesianos, por voluntad y deseo de Don Bosco, como el vínculo, estabilidad y elemento propulsor de la Familia», debemos comprometernos seriamente «a promover, con espíritu de servicio, intercambios fraternos (...) y a estudiar juntos, aceptando corresponsablemente la pastoral de la Iglesia

local, las condiciones concretas para una evangelización y catequesis eficaces...»⁴⁷.

Este compromiso lo deben tomar y cumplir, sobre todo, los responsables mundiales, las conferencias inspectoriales, y en especial los Inspectores con sus Consejeros; pues ellos tienen, más que nadie, «la capacidad para evidenciar la unidad de la misión y del espíritu salesiano —en la pluralidad de formas y manifestaciones—, la creatividad e inventiva propias de cada grupo en beneficio de los demás». Son elementos indispensables que «nos harán *más dignos de credibilidad* dentro de la Iglesia, comunión de salvación; y seremos *más eficaces* en el trabajo apostólico concreto y *más ricos* en las realizaciones personales»⁴⁸.

Sin embargo, para garantizar el desarrollo correcto y progresivo de este relanzamiento, habrá que seguir prestando una atención incesante, con objetividad histórica y con intuición de «connaturalidad», a la memoria de los orígenes de nuestra Vocación.

¡Adelante, juntos!

He escogido ésas dos estimulantes palabras para calificar dinámicamente nuestro compromiso de relanzar la Familia Salesiana. ¡La comunión y la misión nos interpelan! «Adelante» nos orienta de un modo especial hacia la misión; «juntos» nos recuerda la comunión. Diré más: «Adelante, y juntos»: a una en la comunión, para una eficacia mayor en la misión.

Nuestra misión entre la juventud necesitada de los estratos populares, debe abrirse a iniciativas, a nuevas presencias y a la inventiva apostólica.

La comunión en la Familia debe crecer en autenticidad y en estructuración orgánica. Naturalmente, cada grupo vive su identidad con una autonomía conveniente; pero para nosotros, hoy, el

acento debe ir sobre la «comunión». ¡Hay una memoria que salvar, para incrementar, renovándola, la unión que Don Bosco quería!

Mi contacto con los diversos grupos por esos mundos de Dios me sugiere proponeros...

... Cuatro objetivos concretos

que alcanzar «juntos» y llevar más «adelante».

- Primer objetivo: *Reforzar el conocimiento de Don Bosco, y, consiguientemente, nuestra caridad pastoral*

Este objetivo persigue la santidad, porque se trata de promover, con toda la Familia Salesiana, una visión más real del carisma común y una intensificación mayor, en cada persona y grupo, del tipo de caridad practicada en sumo grado por Don Bosco: la caridad que caracteriza y define el «corazón oratoriano».

Ahora bien, conviene recordar que *la caridad no es nunca ni anticuada ni arbitraria, sino que es una realidad viva y eclesial.*

—«*Viva*»: Porque es un don actual del Espíritu del Señor para el presente y para el futuro. Por sí misma es creativa, como el Espíritu Santo que la infunde. Ama y sirve a las personas de hoy: las eternas del Dios Trino, amorosamente inclinadas hacia el tiempo que vivimos, y las de los jóvenes de hoy, lanzados hacia el «adviento del 2.000».

—«*Eclesial*»: Porque es participación y manifestación de la vida y de la santidad de la iglesia en cuanto Cuerpo de Cristo dotado de unidad orgánica, bajo el influjo vital del Espíritu Santo que en ella inhabita para hacerla crecer armónicamente como organismo vivo que es.

Por tanto, es una caridad que no sólo es «actual», sino que también está «orientada» por la Iglesia a través del ministerio de su Jerarquía y a la luz de la eclesialidad de Don Bosco: una caridad vitalmente conectada con dos centros eclesiales de referencia: los Pastores y el Fundador.

Reforzar nuestra caridad pastoral no es simplemente repetir y recordar, sino también amar en la búsqueda, bajo la dirección del papa y los Obispos y de los Sucesores de Don Bosco, con creatividad y respondiendo a la interpelación de las personas y de los tiempos, tal como lo hizo nuestro Padre en el siglo pasado. Pero eso sólo será posible si alimentamos incesantemente nuestra santidad, dando la primacía —como os escribía en mi última circular⁴⁹— a la profundidad cotidiana del *encuentro con Cristo* y al *esfuerzo ascético*.

Queridos hermanos, recordémoslo bien: ¡Reforzar en nosotros el carisma de Don Bosco sólo puede significar «recuperar juntos la santidad salesiana»! «O salesiano santo —dijo una vez Don Bosco— o no existe el salesiano»⁵⁰.

Tal es el primer objetivo para desarrollar la Familia Salesiana: «Adelante», y «juntos», en intensificar el tipo de caridad pastoral que nos hace sentir, como Don Bosco, la arrolladora pasión del «da mihi ánimas, cetera tolle».

● Segundo objetivo: *La evangelización educadora de la juventud*

La caridad salesiana lleva en sí una sensibilidad apostólica especial ante las necesidades juveniles. Sus opciones para actuar deben nacer también, como ayer en Valdocco, de la lectura apasionada, concreta y pedagógica de las necesidades presentes. Si la «caridad oratoriana» es una respuesta existencial a determinados retos de la realidad juvenil, nunca se producirá, en una familia apostólica evangelizadora de la juventud, una fijación definitiva y estable respecto a su obra educadora. Es preciso que

nuestra capacidad de acción sea siempre un terreno en primavera, donde pueda apuntar siempre un brote de fresca actualidad.

Os presento una enorme tarea para toda la familia:

- Considerar juntos *el Evangelio*, para que aparezca como el más auténtico e indispensable «*mensaje*» para la juventud;
- estudiar juntos el modo de situar *la fe en el centro de la cultura* que procuramos formar junto con los jóvenes, de modo que descubran el auténtico sentido de la existencia humana;
- ayudarnos mutuamente a descubrir *nuestra capacidad* de comunicación, a través de una estructura lingüística adecuada y accesible;
- buscar juntos, con intrepidez y constancia, *la renovación de nuestras estructuras de mediación*, que han entrado en crisis, como bien sabemos, por la transición cultural en curso desde hace años.

Ese complejo y vasto objetivo ya nos ha llevado a actualizar el Sistema Preventivo, procurando formular con paciente inteligencia un «Proyecto educativo-pastoral» renovado; nos ha llevado también a formular y proponer un esquema actual de «*espiritualidad juvenil*». Hagámoslos objeto de intercambio entre los diversos grupos de nuestra Familia: «avanzaremos más» y creceremos «juntos» como especialistas en evangelización de los jóvenes.

Hay que observar al respecto que, por ser la Familia Salesiana una realidad eclesial, su pastoral juvenil deberá ser pensada y programada dentro de la Iglesia local —nacional, regional o diocesana—. Atender a una porción juvenil de la grey y actuar en ella con un estilo de acción propio, no puede significar prescindir o ser insensibles a la coordinación y a las metas apostólicas promovidas por quien es Pastor de toda la grey. Por desgracia,

sigue habiendo entre nosotros, en este campo, dificultades que huelen a viejo y deben ser superadas con valentía.

- Tercer objetivo: *Dar la preferencia a la formación específica de cada grupo y a la inclusión de los seglares*

Es fundamental para toda la familia que los grupos cultiven su propia identidad y su formación específica; pero también lo son las iniciativas de relación. Es una tarea decisiva para la buena salud y para el incremento de la comunión: tener conciencia clara de la identidad peculiar para saberla llevar a la comunión y hacerla eficiente.

La unidad en el «carisma de Don Bosco» no suprime, como ya hemos visto, diferencias; las asume, fortalece y relaciona con miras a su fecundidad apostólica.

Además de cultivar la identidad de cada grupo, una meta que hoy urge muchísimo es, con la ayuda de todos, dar a conocer y hacer compartir los valores salesianos al mayor número posible de seglares. Aquí me refiero al «laicado», según la acepción precisada por el Concilio.

Para los seglares, la Familia Salesiana tiene los Cooperadores, los Antiguos Alumnos y, en un círculo más amplio, los colaboradores de nuestras Obras, así como los diversísimos simpatizantes que se enorgullecen de ser «Amigos de Don Bosco».

Merece la pena no subestimar la importancia de un vasto movimiento de «Amigos de Don Bosco», que sería una especie de corona o «familia Salesiana» en sentido amplio. Esto puede surgir de la convergencia de muchos fermentos, intereses, simpatías, colaboraciones y movimientos. En las asociaciones de Cooperadores y de Antiguos Alumnos existe además la posibilidad de formar subgrupos, para hacer más dinámica y fácil la profundización de su pertenencia salesiana. Algunos de esos subgrupos

ya existen; otros podrán ir surgiendo. Por ejemplo: los «Jóvenes Cooperadores» pululan por doquier; los «Hogares Don Bosco» —para grupos de matrimonios, en España—; grupos de antiguos alumnos especialmente comprometidos en el ámbito cultural y de la escuela; diversas asociaciones de tipo mariano, etc. Además, en el mundo de los simpatizantes y «Amigos de Don Bosco», existe una amplia e interesante posibilidad de iniciativas urgentes: por ejemplo, en los medios de comunicación social.

En este aspecto hay que favorecer, ante todo, una cuidadosa formación del seglar en cuanto tal, a la luz de la abundante doctrina del Vaticano II y documentos posteriores del magisterio, especificando dicha formación con el enfoque propio del carisma de Don Bosco, y recordando que nuestro Padre insistía en orientarlos prácticamente hacia iniciativas concretas de bien. Solía insistir en la necesidad de ser concretos mediante un compromiso de «obras de caridad».

Tal trabajo de alistamiento laical ensancha los horizontes de la actividad de cada grupo de la «familia» y nos invita a convencernos de que hay que acelerar una coordinación mejor del trabajo conjunto.

¡Seamos una «familia» de apóstoles no replegados exclusivamente sobre las exigencias inmediatas de una Obra o grupo!

● Cuarto objetivo: *Pastoral vocacional unitaria*

Finalmente, recordemos que la Vocación Salesiana se distingue por el tipo de caridad que es la fuente de todo el patrimonio espiritual. Una caridad que es fundamentalmente común a todos los miembros de la «familia»; pero que se realiza con modalidades diversas según los grupos, categorías y personas. Esta «comunidad diferenciada» ofrece ventajas nada despreciables ante

una colaboración práctica, sobre todo en las iniciativas de pastoral vocacional.

Si pensamos que don Bosco fue «un excepcional y fecundo promotor de vocaciones en la Iglesia» fácilmente concluiremos que *su familia debe distinguirse por un esfuerzo especial en cultivar la dimensión vocacional de toda la pastoral juvenil*. No olvidemos que la obligación de educar y dirigir a los jóvenes hacia el discernimiento de su vocación personal «nace del derecho que tiene la juventud a ser orientada, antes que de una situación especial de las vocaciones en la Iglesia. Tal acción debe fundarse en los aspectos esenciales de la realidad vocacional: es una iniciativa divina que solicita la adhesión humana, una llamada que espera una respuesta que está unida a dinamismos psicológicos y religiosos, y requiere una acción pedagógico-pastoral apropiada»⁵¹.

Pero urge también acrecentar la recíproca preocupación en la Familia Salesiana por las vocaciones específicas de cada grupo. En este campo podemos hacer mucho más si trabajamos juntos: encuentros de oración, de estudio, de animación, de programación, de información y de comunicación de experiencias, centros de orientación comunes, movimientos juveniles, etc.

En concreto, los subgrupos de «Jóvenes Cooperadores» y «Jóvenes Antiguos Alumnos» merecen una atención especial. Está comprobado que una buena animación de esos subgrupos, además de ser presupuesto para el crecimiento de ambas organizaciones, es vocacionalmente rentable para los demás grupos. En estos últimos años, por ejemplo, 70 «Jóvenes Cooperadores» han entrado en noviciados salesianos, 52 en las Hijas de María Auxiliadora, 18 en seminarios diocesanos y 30 en otras congregaciones.

Os invito a tomar en serio las «conclusiones» formuladas sobre esto, el mes de enero, en la última —la 9.^a—, «Semana de Espiritualidad» de la Familia Salesiana. Figuran en este mismo número de «Actas», sección «Documentos».

Problemas y perspectivas

Como es evidente, la existencia de la Familia Salesiana comporta también problemas, no todos tan pequeños ni de solución fácil y rápida... Ya Don Bosco afrontó algunos con paciencia, con esperanza y con un tesón increíble, sostenido continuamente por su inquebrantable amor a Cristo Salvador de la juventud, y urgido por inéditas y crecientes necesidades de la realidad juvenil.

En el Consejo Superior hemos tenido reuniones de estudio y cambio de impresiones —diversas veces y en sesiones distintas— para resolver lo que era posible y para buscar una luz de orientación ante muchos aspectos de un proceso que aún está en plena evolución y no puede prescindir de las perspectivas del tiempo. Son problemas vividos por los hermanos y hermanas, más o menos en todas partes, y que nos son remitidos a nosotros, especialmente a través del Consejero para la Familia Salesiana.

Antes de enumerar algunos problemas auténticos, quisiera decir que muchas dificultades de las que a veces se habla, son tales únicamente porque no se ha profundizado bastante el concepto genuino de «Familia Salesiana». Quizá esté precisamente ahí el primer problema. Hay que resolverlo mediante una mentalización general en la Congregación. El conocimiento de los contenidos de los Capítulos Generales 20 y 21 debe ser completado con la lectura de cuanto han dicho los demás grupos sobre la Familia Salesiana y sobre cómo creen pertenecer a ella.

De todos modos, puede ser útil citar aquí rápidamente algunos problemas más significativos. Proceden de la vida concreta y pueden estimular la reflexión e iluminar las perspectivas de desarrollo.

- Primer problema: *Cómo desarrollar más y mejor, en la Congregación, el conocimiento y el desempeño del papel que nos corresponde en la «familia»*

Nuestras responsabilidades particulares son: «Mantener la unidad del espíritu y promover intercambios fraternos para un enriquecimiento recíproco y una mayor fecundidad apostólica»⁵².

Ese papel comporta la función nada fácil de saber estimular adecuadamente los diversos grupos en su identidad específica y en su autonomía, y sobre todo en la comunión conjunta en un mismo espíritu y en una misma misión.

Es este terreno se han dado ya pasos adelante; pero queda aún mucho camino.

Gracias a Dios, ya se ha iniciado un estudio más profundo de los datos históricos sobre la Familia Salesiana y del pensamiento genuino de Don Bosco sobre esto. El simposio de estos últimos días (19-22 de febrero) en la Casa Generalicia es un interesante y positivo ejemplo de ello.

Los grupos principales de la Familia Salesiana cuentan con un siglo de relación y actuación, de intervenciones de la Santa Sede, de directrices de los responsables de los diversos grupos y de acontecimientos vividos. Todo ese patrimonio de experiencia debe ser estudiado, como memoria que ilumine la conciencia de los hermanos y haga más concreto y valiente nuestro papel de animación. Por esa razón se ha procurado dar un lugar importante al tema «Familia Salesiana» en la formación de los hermanos: lo podéis ver en la Ratio⁵³.

- Otro problema: *Determinar el grado de responsabilidad y el tipo de relaciones que la Congregación tiene o debe tener con cada grupo*

En la «comunión conjunta», cada grupo tiene una autonomía

conveniente y un vínculo peculiar con la Congregación. Nuestro papel de animación deberá ajustarse al modo de ser específico de cada uno, aunque siempre queda abierto, como más característico de la «familia» en cuanto tal, un vasto campo de animación común.

Para insistir en la comunión, habrá que conocer y saber respetar la autonomía de cada grupo y su situación jurídica, y conocer también las diversas necesidades y demandas que tengan que ver con la animación de la Congregación, para prestar un servicio apropiado y más de acuerdo con nuestras posibilidades.

Por eso es urgente crear, a nivel inspectorial, estructuras de formación, de animación y de comunicación, etc., para la Familia Salesiana.

- Un problema muy delicado: *Los criterios de pertenencia a la Familia Salesiana*

El artículo 5 de las Constituciones considera históricamente incluidos por fundación en la Familia Salesiana a los Salesianos, a las Hijas de María Auxiliadora y a los Cooperadores; y, además, a los Antiguos Alumnos «en virtud de la educación recibida».

Sabemos que oficialmente entran también las Voluntarias de Don Bosco ⁵⁴.

Tales grupos han confirmado su pertenencia con declaraciones oficiales, capítulos generales, asambleas, estatutos, reglamentos, artículos en sus Constituciones o Reglamentos, o con su comportamiento práctico...

Otros grupos posteriores, relacionados por fundación con Salesianos o Hijas de María Auxiliadora, y que se consideran prácticamente miembros de la Familia Salesiana, han modificado sus Constituciones y documentos oficiales para declarar que desean

ajustarse de un modo específico y propio a la comunión con el carisma de Don Bosco ⁵⁵.

Convenía, por tanto, ponerse de acuerdo sobre los criterios de «salesianidad», y establecer un «procedimiento» para que el Rector Mayor con su Consejo y con la conformidad de los Responsables de los grupos pueda declarar oficialmente su pertenencia a la «Familia».

El Consejero para la Familia Salesiana, con la colaboración de los Responsables de los principales grupos y de algunos peritos nuestros, ha reunido un conjunto de observaciones y criterios, que después ha estudiado y aprobado «ad experimentum» el Consejo Superior, para que se tengan presentes en dicho «procedimiento». Más adelante —en la sección «Documentos»— encontraréis esas «Orientaciones adoptadas por el Consejo Superior para reconocer la pertenencia a la Familia Salesiana».

- Otro problema ya tratado varias veces: «*Naturaleza*» y *pertenencia de los «Antiguos Alumnos»*

El Capítulo General Especial inicia la reflexión, y dice que «pertenecen a esta “familia” en virtud de la educación recibida, que puede manifestarse en diversos tipos de compromiso apostólico» ⁵⁶. Así pues, parece que, para comprender su naturaleza y resolver las dificultades que surjan, hay que mirar tanto a los compromisos apostólicos en el ámbito de la cultura, sobre todo en su sector educativo —que es como la patria de la misión salesiana—, como a los valores del Sistema Preventivo, que es uno de los elementos del «carisma de Don Bosco».

Mientras tanto, la verdad es que en muchas regiones la Asociación de Antiguos Alumnos está lozana y es dinámica: merece, pues, una animación generosa por nuestra parte.

Finalmente, si consideramos *la profunda evolución social y cultural* que han traído los tiempos, si vemos *las aportaciones eclesioló-*

gicas del Vaticano II, la renovación de la Vida Religiosa, el relanzamiento del laicado en el Pueblo de Dios, la promoción de la mujer en la Sociedad y en la Iglesia, la inestable novedad de la realidad juvenil, el enorme cambio cualitativo producido en la conciencia y dinamismo de los pueblos, la situación problemática de algunos continentes y de sus masas juveniles, el pluralismo ideológico y los esquemas políticos de muchos Estados, encontraremos otros muchos elementos que nos interpelan también sobre la identidad, sobre el funcionamiento y sobre la promoción y eficacia apostólica de la Familia Salesiana.

He querido recordaros algunos problemas para que veáis mejor que nos encontramos aún frente a un considerable trabajo de estudio y verificación: vivimos un proceso evolutivo, y no hemos hecho más que comenzar.

Sin embargo, una verdad está clara; ¡La Familia Salesiana gana terreno a medida que pasa el tiempo!

Conclusión:

Un punto vital para nuestro futuro

Este, queridos hermanos, es un punto vital para nuestro porvenir. El proyecto embrional que el cielo inspiró a don Bosco durante los decenios 1840-1850 y 1850-1860 creció y evolucionó homogéneamente en vida del mismo Fundador.

A partir de ese embrión —iniciado por Don Bosco sacerdote diocesano en la Iglesia local turinesa con la unión de muchas fuerzas para ayudar a la juventud pobre y abandonada mediante las «Obras de los Oratorios»— se ha desarrollado, y ha madurado —poco a poco y siempre de una forma providencial— una estructura más articulada y estable de verdadera «familia espiritual» en la Iglesia universal. En la misma conciencia de Don Bosco va apareciendo y configurándose su vocación personal de

Fundador en la Iglesia (1859: Salesianos; 1872: Hijas de María Auxiliadora; 1876: Cooperadores). Se convierte así en iniciador de un nuevo carisma para el Pueblo de Dios, «fundador de una escuela» con un estilo peculiar de santificación y de apostolado.

Ya en 1899 el *Boletín Salesiano*, en el artículo editorial de febrero, describe así la herencia de Don Bosco Fundador: «Nos place aprovechar todas las oportunidades para demostrarles a nuestros Cooperadores y Cooperadoras que, con nosotros y las Religiosas de Don Bosco, forman una única y grandiosa familia, animada por el mismo espíritu en los vínculos suavísimos de la fraternidad cristiana»⁵⁷.

Esta «familia», ahora claramente articulada ya en sus grupos fundamentales, sigue desarrollándose «en sintonía con el Cuerpo de Cristo que crece perennemente»⁵⁸.

Celebrado el Vaticano II, nuestra «familia» llega a una conciencia más clara de su naturaleza carismática.

Hoy nos corresponde a todos los hijos e hijas de don Bosco «juntos» garantizar su identidad y su vitalidad. En esa corresponsabilidad de todos, nosotros, queridos hermanos salesianos, tenemos un papel vocacional e histórico de servicio específico y de animación con «responsabilidades particulares».

Así pues, hermanos, si queremos de veras amar a Don Bosco, esforcémonos en conocer mejor la Familia Salesiana y en dedicarnos, con sacrificio generoso y con intrepidez inteligente, a promover y reforzar su comunión y su misión.

Traigamos a la memoria sus orígenes históricos, para crecer en fidelidad y en fecundidad.

¡Que María Auxiliadora, guía de don Bosco en todo, nos ilumine también a nosotros y nos eche una mano!

Un saludo fraterno a todos.

Con corazón «oratoriano»

EGIDIO VIGANÓ

NOTAS

1. *Simposio* 19-22 febr. 1982.
2. *Constituciones HMA*, art. 3.
3. ACS 295.
4. ACS 301.
5. CGE 151-177.
6. CGE 152.
7. CGE 159.
8. *Conferencia a los Cooperadores*, 1 julio 1880.
9. *Carta a J. Cagliero*, 27 abril 1876.
10. P. BRAIDO: «*Il progetto operativo di Don Bosco...*».
11. CGE, pág. 19.
12. CGE 159.
13. CGE 160.
14. *Cfr. Mutuae relationes*.
15. *Cfr. Evangélica testificatio* 11, 12.
16. *Cfr. LG* 46, 46; *PC* 2b; *AG* 40.
17. *LG* 44.
18. E. VIGANÓ: «*Descubrir el espíritu de Mornés*», 24 febr. 1981.
19. P. BRAIDO: o. c. pág. 4.
20. *Cfr. MB* 11, 85; 4, 93.
21. *Cfr. MB* a, 252-254.
22. «*Memorias del Oratorio...*». *Ed. SDB*, pág. 16.
23. *MB* 12, 69.
24. *MB* 11, 85-86.
25. *MB* 18, 160-161.
26. *Cfr. lista en BS italiano*, 1 sept. 1981.
27. *Cfr. Evangélica testificatio* 11, 12.
28. *Mutuae relationes* 11.
29. *Cfr. LG* 45; *PC* 2, 20, 22; *CD* 33, 35.1, 35.3.
30. *LG* 42.
31. *PC* 1.
32. *LG* 41.
33. *El cristianismo y la filosofía*.
34. *Cfr. Constituciones* 40.
35. E. VIGANÓ: *No según la carne...*, págs. 96, ss.
36. *Cfr. LG* 31.

37. Cfr. PO 8.
38. Cfr. Constituciones 5.
39. «Las SDB en la Iglesia...».
40. CGE: «Las perspectivas de las FS hoy».
41. CG 21 402 s.
42. CGE 166-170: «Diferencias».
43. CGE 161-165: «Elementos comunes».
44. CGE 174-176: Razones, contenidos y modos».
45. CGE 174.
46. CG21 588.
47. CGE 189.
48. CGE 177.
49. ACS 303.
50. MB 10, 1078.
51. Cfr. ACS, sección «Documentos».
52. Constituciones 5; Cfr. CGE 189; CG21 75, 402, 403.
53. Números 54, 57, 175, 182, 234, 272, 368, 375, 399.
54. Cfr. CGE 156, 158.
55. Cfr. «Documentos» ACS: Hijas de los Sagrados Corazones.
56. Constituciones 5.
57. BS febr. 1899, 29.
58. Mútuae relationes 11.

DOCUMENTOS

1. El sistema preventivo de D. Bosco. E. Viganó.
2. Más claridad de Evangelio. E. Viganó.
3. El elemento laical en la Comunidad Salesiana. E. Viganó.
4. Llamadas del Sinodo-80. E. Viganó.
5. Fisonomía del Salesiano. E. Viganó.
6. Descubrir el espíritu de Mornese. E. Viganó.
7. La comunicación social nos interpela. E. Viganó.
8. Recuperemos juntos nuestra santidad. E. Viganó.
9. La Familia Salesiana. E. Viganó.



Alcalá, 164
MADRID-28